

Ha llegado la salvación

Basado en Lucas 19:1 al 10

“Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo” (Romanos 10:9).

¿CÓMO PUEDE alguien decir que es salvo? ¿Qué significa: “Soy salvo, me salva, seré salvo”? Lo primero alude al momento en que le entregamos el corazón a Jesús, lo segundo sucede mientras el Espíritu Santo nos da el fruto del Espíritu y lo tercero tiene que ver con el momento en que Jesús vendrá en las nubes para llevarnos con él al cielo.

¿Qué quiso decir Jesús cuando declaró que la salvación había llegado a casa de Zaqueo? ¿Significa esto que Zaqueo era perfecto? Sí, en aquel momento era perfecto. Decir que no era perfecto sería lo mismo que decir que Jesús no lo había perdonado por completo. Zaqueo era perfecto, porque Jesús lo había perdonado perfectamente. Cuando nos arrepentimos y lamentamos haber pecado, Jesús nos perdona completamente. De hecho, por fe, creemos que así lo hace. Se echa nuestros pecados a la espalda y no los recuerda más. Luego dice que estamos delante de él como si nunca hubiésemos pecado (ver *Nuestra elevada vocación*, p. 50). Si hemos seguido esos pasos, entonces, la salvación también es nuestra porque nuestros pies marchan por el camino al cielo. En caso de que nos desviemos del camino y caigamos en el pecado, el Espíritu Santo nos convencerá de nuestro error. Finalmente, si nos arrepentimos, Jesús nos perdonará y nos devolverá al camino, de manera que volvamos a dirigirnos hacia el cielo. Esta operación se llama salvación.

¿Volvió Zaqueo a pecar al día siguiente y al otro? Posiblemente; pero sus pies andaban por el camino adecuado e iba en la dirección correcta. Para él no había vuelta atrás. Mientras llevaba su antigua vida de pecado, el Espíritu Santo lo llamaba desde fuera; pero desde que Zaqueo se convirtió, el Espíritu Santo lo llamó desde su interior, porque ser salvo significa que Jesús vive en el corazón. De igual modo, la ayuda de ese mismo Espíritu Santo está a nuestra disposición; basta con que la pidamos.

Señor, te doy gracias por la salvación que me has dado. Te agradezco la salvación que me das en este mismo momento en que vivo por ti. Finalmente, Señor, ansío esa salvación que me darás cuando vengas.

¿Hechizados o convencidos?

Basado en Lucas 19:1-10

“Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55:7).

“**CUANDO CRISTO** es recibido como Salvador personal, la salvación viene al alma” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 523). Sin embargo, el propósito del diablo es engañarnos para que creamos (1) que la salvación es demasiado complicada e imposible de alcanzar en esta vida o (2) que la salvación es tan fácil de conseguir que basta con desearla. Algunos no creen ninguna de estas ideas, aunque esperan que Dios obre un milagro en su vida, de manera que, sin mediar esfuerzo por su parte, los vuelva alérgicos al pecado y, por tanto, inmunes a la tentación. Entienden que el derramamiento del Espíritu Santo hará que el pecador se convierta en santo.

El Espíritu Santo no se sirve de una varita mágica para hechizarnos, sino que nos convence de pecado para cambiarnos. “La justicia de Cristo no es un manto para cubrir los pecados que no han sido confesados ni abandonados; es un principio de vida que transforma el carácter y rige la conducta. La santidad es integridad para con Dios: es la entrega total del corazón y la vida para que revelen los principios del cielo” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 52).

Zaqueo aprendió que hacer de Jesús el Señor de su vida tenía un elevado precio. Sus recursos terrenales se desvanecieron. Perdió a sus amigos. Pero ganó para sí y para toda su familia el maravilloso regalo de la salvación. Ahora tenía un tesoro en el cielo.

Zaqueo recibió en su casa a Jesús, no solo como huésped, sino como su Salvador que viviría para siempre en su corazón y su hogar. Los escribas y los fariseos lo consideraban un pecador y criticaron a Jesús por ir a su casa. Pero el Señor le dijo a Zaqueo que ahora formaba parte de la familia de Dios. Porque “los que tienen fe, estos son hijos de Abraham” (Gál. 3:7).

Amado Jesús, gracias por hacer de mí un miembro de tu familia. Quiero invitarte para que vengas a mi casa; no para venir de visita y luego marcharte, sino para quedarte.

¿Qué clase de vino?

Basado en Juan 2:1 al 11

“El vino es escarnecedor, la sidra alborotadora; ninguno que por su causa yerre es sabio” (Proverbios 20:1).

JESÚS y sus discípulos habían acudido a una fiesta de bodas; su madre lo había informado de que se había acabado el vino. Esto le dio la oportunidad de iniciar su ministerio con un milagro agradable y festivo: proporcionar la bebida.

Se han planteado muchas preguntas respecto a qué clase de vino hizo Jesús en tal circunstancia. La Biblia lo llama vino, y estoy seguro de que era de muy buena calidad porque todo lo que hacía Jesús tenía que ser lo mejor. Esto es, precisamente, lo que Elena G. de White escribe en *El Deseado de todas las gentes*: “El vino que Jesús proveyó para la fiesta, y que dio a los discípulos como símbolo de su propia sangre, fue el jugo puro de uva. [...] Fue Cristo quien dio en el Antiguo Testamento la advertencia a Israel: ‘El vino es escarnecedor, la cerveza alborotadora; y cualquiera que por ello errare, no será sabio’ (Prov. 20:1). Y él mismo no proveyó bebida tal. [...] El vino sin fermentar que él proveyó a los huéspedes de la boda era una bebida sana y refrigerante. Su efecto consistía en poner al gusto en armonía con el apetito sano” (p. 128).

Cuando vivíamos en el sur de Asia y necesitábamos mosto para el rito de comunión fuera de la época de la vendimia, poníamos pasas a remojo y luego las prensábamos hasta sacarles el jugo. Otra posibilidad era hervir el mosto y reducirlo hasta conseguir un concentrado espeso que se conservaba durante algún tiempo. Quizás una bebida similar era la que se servía en las grandes celebraciones. La bebida que Jesús proveyó era deliciosa y, para regocijo del maestro de ceremonias, probablemente sabía a uva recién prensada.

¿Cuánto vino hizo Jesús? No lo sabemos a ciencia cierta, pero se estima que, en aquel tiempo, las tinajas de agua contenían del orden de 75 a 115 litros cada una. Teniendo en cuenta que había seis, es posible que la cantidad ascendiera a unos setecientos litros. ¿Por qué tanto vino? Porque no era una boda como las que nosotros conocemos. En Oriente, todos los habitantes del pueblo acuden a las celebraciones de boda que, en ocasiones, pueden durar una semana o más. Es preciso alimentar a cientos de personas y no se le cierra el paso a nadie. En consecuencia, se necesita una gran cantidad de comida y bebida.

Jesús suplió las necesidades de la boda y también suplirá las nuestras.

Sencillamente, agua

Basado en Juan 2:1 al 11

“Lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte” (1 Corintios 1:27).

MOISÉS COMENZÓ la liberación de los hijos de Israel convirtiendo agua en sangre. Jesús comenzó su ministerio terrenal transformando agua en vino. Además de suplir nuestras necesidades, Jesús nos da más de lo que necesitamos. Lo mismo sucede con el reino de su gracia. Además de darla suficientemente a los pecadores para que se salven, la da en sobreabundancia. El vino es símbolo de su gracia y su gran cantidad ilustra las bendiciones y el perdón que ha puesto a disposición de cada uno de sus hijos.

El primer milagro de Jesús fue sencillo y corriente. Sería de esperar que cuando el Creador del universo viniera a la tierra adoptando forma humana empezara su milagrosa carrera reuniendo, al menos, a los escribas y a los fariseos, cuando no a los reyes y a los príncipes de la tierra, para obrar ante ellos algún milagro, como en su momento hicieron Moisés y Aarón ante el Faraón, con el fin de que se convencieran de que él era el Mesías. Pero no fue así. Acudió a una sencilla boda de gente humilde y, con toda naturalidad, mostró su gloria. Cuando convirtió el agua en vino, no llamó al maestro de ceremonias, al novio ni a ningún invitado para decirle: “Ya sabes que se ha acabado el vino. Pues bien, estoy a punto de hacer un milagro; convertiré el agua en vino”. No, lo hizo discretamente, con los criados. Les dijo que llenaran las tinajas de agua. No pidió que fueran nuevas, usó lo que tenía a su alcance y sin hacer bullicio ni ostentación. Usó agua clara, de la que tenían en abundancia, y obró el milagro con el más natural de los estilos.

No llamó a ningún desconocido que lo ayudara, sino que hizo que los criados de la casa trajeran agua, solo agua. Luego, cuando sacaban el agua, o lo que les parecía que era agua, los criados se dieron cuenta de que se había transformado en vino. Imagine su sorpresa. A veces, las personas más humildes y sencillas son las primeras que ven la obra de Dios. Lamentablemente, hay otros que nunca lo consiguen.

Señor, cambia mi vida corriente en una extraordinaria bendición para los demás.

Detectar el problema

Basado en Juan 3:3 al 7

“Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:57).

EN LONDRES, INGLATERRA, un brote de cólera declarado en 1854 segó en pocos días la vida de 578 personas. En aquel entonces, ni los científicos ni los médicos habían oído hablar de las bacterias. El origen de la enfermedad era un misterio. Lo intentaron todo para curar a los enfermos, pero ninguno de ellos sobrevivió.

John Snow se contaba entre aquellos médicos. Desesperadamente, intentaba contener el brote, por lo que decidió atajar el problema desde un nuevo enfoque. Sobre un plano de la ciudad, marcó las muertes por cólera. Marcó con un punto el domicilio de cada una de las víctimas. Cuando terminó, disponía de una imagen del alcance de la enfermedad. Los puntos parecían agruparse en el centro de la ciudad. La causa de la enfermedad parecía tener su origen en Broad Street, en el distrito del Soho.

Aunque la comunidad médica del momento no lo aceptó, el Dr. Snow estaba convencido de que las enfermedades como el cólera eran transmitidas por el agua potable. Con esta idea en mente, en el plano dibujó una marca para cada fuente del distrito. El resultado fue justo lo que esperaba. Los puntos que representaban las víctimas se agolpaban alrededor de una única fuente, la situada en Broad Street.

Cuando el médico mostró a los responsables municipales su hallazgo, inhabilitaron la fuente de Broad Street. Eliminado el origen de la epidemia, los nuevos casos se detuvieron en seco.

Cuesta creer que una solución tan sencilla fuese tan difícil de encontrar. El tratamiento sintomático de la enfermedad no era efectivo; era preciso atajar las causas.

Permítame un ejemplo. Supongamos que alguien llega a la conclusión de que está comiendo demasiado, cosa que es síntoma de falta de dominio propio. Ese alguien decide orar y rogar a Dios que lo ayude a no comer tanto. ¿No sería más eficaz orar: “Señor, dame el don del dominio propio”? Su oración será más eficaz si le pide a Dios que le muestre las causas de sus problemas y él le dará la gracia para vencerlas.

El agua es esencial

Basado en Juan 4:5 al 26

“El que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:14).

LA HISTORIA de este mundo comenzó con el agua. La Biblia nos dice que, en el principio, el mundo estaba oscuro, vacío y cubierto de agua.

Cuando creó la tierra seca, Dios todavía dejó una gran cantidad de agua porque es necesaria para sostener la vida. ¿Sabía que su cuerpo es agua en un 75%?

La Biblia nos dice que una vez hubo una inundación que cubrió todo el mundo. Aun después de que las aguas de aquella gran inundación se retiraran, dos tercios de la superficie terrestre todavía estaban cubiertas de agua. Puede verlo en cualquier mapamundi. El color azul representa el agua que nunca se secó.

Pero, ¿sabía usted que solo el 5% del agua del mundo es potable? Cerca del 2,5% está congelada en los glaciares y los casquetes polares y el 93% restante es el agua salada del mar. Por lo tanto, el 5% potable es muy precioso y raro. Sin ella, moriríamos. ¡Quizá por eso las botellas de agua sean tan caras! Seguro que tiene sed nada más de pensar en ello.

La Biblia habla mucho sobre el agua. Si desea una interesante actividad de sábado por la tarde, busque una buena concordancia (servirá la que está en las últimas páginas de su Biblia) y busque la palabra “agua”. Descubrirá algunos textos e historias interesantes relacionados con ella.

En los tiempos bíblicos, la gente se peleaba por el agua (Lot y Abraham, por ejemplo). Aun hoy en día el agua es motivo de disputas entre la gente. En el desierto, el agua fue una preocupación constante para los hijos de Israel. Asimismo, recuerde que Moisés perdió los estribos por un asunto relacionado con el líquido elemento. En la actualidad, algunas culturas todavía adoran el agua.

Jesús quiere darnos agua viva. “Cualquiera que beba de esta agua [del pozo] volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:13, 14).

Señor, estamos sedientos; danos tu agua viva.

El agua de la vida

Basado en Juan 4:5 al 26

“El Espíritu y la Esposa dicen: `¡Ven!’ El que oye, diga: `¡Ven!’
Y el que tiene sed, venga. El que quiera, tome
gratuitamente del agua de la vida”
(Apocalipsis 22:17).

JUNTO AL POZO, Jesús le dijo a la mujer que él le daría agua viva. ¿Qué quiso decir? ¿Qué es el agua viva? El agua viva son las palabras de Jesús. Elena G. de White explica: “Llena tu corazón con las palabras de Dios. Son el agua viva que apaga la sed del alma” (*El camino a Cristo*, p. 130). Las palabras de Jesús para nosotros son agua viva para nuestra alma sedienta.

El agua viva es pura porque Dios siempre ha demandado pureza.

¿Quién irá al cielo? “El limpio de manos y puro de corazón” (Sal. 24:3, 4).

Toda palabra de Dios es limpia (Prov. 30:5).

Bienaventurados los limpios de corazón (Mat. 5:8).

El agua viva es capaz de reflejar como un espejo.

Jesús dijo: “El que me ha visto a mí ha visto al Padre” (Juan 14:9). Él reflejaba a su Padre y quiere que nosotros lo reflejemos a él, lo que quiere decir que nosotros también tenemos que ser puros.

El agua viva es limpieza.

De todos los líquidos conocidos, el agua es el que mejor limpia. David dijo: “Purifícame con hisopo y seré limpio; lávame y seré más blanco que la nieve” (Sal. 51:7).

Jesús nos dice: “De gracia recibisteis, dad de gracia” (Mat. 10:8). “Cada verdadero discípulo nace en el reino de Dios como misionero. El que bebe del agua viva llega a ser una fuente de vida. El que recibe llega a ser un dador. La gracia de Cristo en el alma es como un manantial en el desierto cuyas aguas surgen para refrescar a todos y da a quienes están por perecer ávidos de beber el agua de la vida” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 171).

Jesús pronto dirá: “Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tiene sed, le daré gratuitamente de la fuente del agua de vida” (Apoc. 21:6).

Señales y prodigios

Basado en Juan 4:46 al 53

“No te dejaré, si no me bendices”
(Génesis 32:26).

EL MINISTERIO DE JESÚS incluyó muchos milagros. ¿Habrá milagros también en nuestro tiempo? La respuesta es que sí. Si ese es el caso, ¿debemos esperar milagros cuando oramos? Aquí es preciso que seamos prudentes. Jesús nunca obró un milagro “según demanda”. Siempre intervenía un propósito mayor.

La historia de la curación del hijo del noble revela los verdaderos motivos del hombre. Al parecer, este decidió que pondría a prueba a Jesús y, si Jesús la superaba, creería en él. Así que pidió a Jesús que viniera y curara a su hijo. Leyendo sus pensamientos, Jesús le dijo: “Si no veis señales y prodigios, no creéis” (Juan 4:48).

“Como un fulgor de luz, las palabras que dirigió el Salvador al noble desnudaron su corazón. Vio que eran egoístas los motivos que le habían impulsado a buscar a Jesús. Vio el verdadero carácter de su fe vacilante. Con profunda angustia comprendió que su duda podría costar la vida de su hijo. Sabía que se hallaba en presencia de un Ser que podía leer los pensamientos, para quien todo era posible, y con verdadera agonía suplicó: ‘Señor, desciende antes que mi hijo muera’. Su fe se aferró a Cristo como Jacob trabó del ángel cuando luchaba con él y exclamó: ‘No te dejaré, si no me bendices’” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 175).

La persona que se obstina en pedir un milagro abre la puerta al diablo para que la engañe. En la hora final, al pueblo fiel de Dios se le promete un derramamiento especial del Espíritu Santo; pero no será para que los demás queden fascinados con nosotros, sino para confirmar el poder de un Dios que obra milagros. Todo lo que haga su pueblo será en su nombre y por su causa, según su voluntad y no la nuestra.

Es importante recordarlo, porque: “Es inminente el día cuando Satanás [...] presentará numerosos milagros para confirmar la fe de todos aquellos que están buscando esta clase de evidencia. ¡Cuán terrible será la situación de los que cierran sus ojos a la luz de la verdad y piden milagros para ser confirmados en el engaño!” (*El evangelismo*, p. 594).

Dios sabe qué nos conviene

Basado en Juan 4:48

“He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha endurecido su oído para oír” (Isaías 59:1).

EL LIBRO de los Hechos de los Apóstoles cuenta la historia de un hombre llamado Simón (Hech. 8:9-13). Antes de convertirse al cristianismo había servido al diablo. La gente no lo sabía y pensaba que su poder venía de Dios. Cierta día que Simón vio a los discípulos obrando milagros quedó impresionado y ofreció dinero para que le diesen ese mismo poder.

Algunos sienten una fuerte atracción por los milagros y los poderes sobrenaturales. Fíjese en el número cada vez mayor de películas en las que proliferan brujas, vampiros, extraterrestres y otros personajes dotados de poderes sobrehumanos. Quienes participan de esos espectáculos pueden ser presa fácil de un engaño que los lleve a seguir al enemigo de las almas.

Por lo general, no creo que sea apropiado que pidamos a Dios que obre milagros o que nos dé alguna señal. Esto puede equivaler a decir: “Señor, si tú no haces nada por mí, yo tampoco haré nada por tí”.

Luego están aquellos que, como Simón, ven un futuro económico brillante para sí mismos. Hace poco, en Internet, vi a un predicador. Básicamente, venía a decir que sus espectadores quedarían sanados si ponían las manos en la pantalla. Desde luego, también pedía a la gente que le enviara dinero.

Hace años vi a un predicador de televisión desgarrando la camisa que llevaba puesta en pedazos pequeños. Dijo a los espectadores que, si le enviaban una ofrenda, él les enviaría un pedazo de la camisa y, como resultado, sus vidas estarían llenas de milagros.

A menudo, quienes están enfermos o tienen algún problema buscan ayuda en cualquier parte. Hay muchos que, como Simón, serían capaces de sacar provecho personal haciendo negocio con el sufrimiento o los problemas ajenos. Suelen vivir en mansiones y conducen automóviles de lujo.

¿En alguna parte de la Biblia se nos dice que Jesús pidiera dinero a alguien a cambio de sanarlo? ¡En absoluto! Si alguien le promete obrar un milagro, alguna señal o cualquier acto sobrenatural, recuerde la historia de Simón el mago. Otra cosa que no tenemos que olvidar es que, pidamos lo que le pidamos a nuestro Padre celestial, siempre tiene que ir acompañado por las palabras: “Hágase tu voluntad”.

¿Dónde está tu aguijón?

Basado en Juan 4:48

“Todo lo que te venga a mano para hacer, hazlo según tus fuerzas, porque en el seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo ni ciencia ni sabiduría” (Eclesiastés 9:10).

EL TIPO de milagro más solicitado tiene que ver con la curación de enfermedades físicas. Los curanderos populares suelen garantizar resultados basándose en el texto de Isaías 53:5: “Por sus llagas fuimos nosotros curados”. Pero, en realidad, este versículo se refiere a nuestras transgresiones e iniquidades y predice el sacrificio de Jesús en la cruz por nuestros pecados. El éxito de los curanderos depende de si tienen carisma y son capaces de transmitir su confianza en sí mismos o no. Además, se apresuran a señalar que si la sanación no se produce es porque el sufriente no tiene la fe necesaria.

Con toda certeza, usted se preguntará qué pasa con Santiago 5:14 y 15, donde se dice: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia para que oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados”. ¿Significa esto que, si los ancianos de la iglesia lo ungen, el enfermo sanará?

Tal vez usted sepa de alguien que haya sido sanado. Pero bien sabemos que en muchos casos los enfermos no han sido sanados en ese mismo momento e, incluso, han muerto. Esto no tiene por qué significar que las Escrituras nos engañen o que la fe no fue suficiente. No alcanzamos a comprender qué sabe Dios, pero podemos estar seguros de que, a su hora, levantará a los enfermos; si bien no inmediatamente, sí será definitivo cuando suene la trompeta y los muertos en Cristo resuciten primero.

Nuestro mayor consuelo está en la frase: “Si ha cometido pecados, le serán perdonados”. Jesús murió para salvarnos eternamente de nuestros pecados, no para curar nuestras enfermedades temporales. La promesa, garantizada, es que cuando un enfermo se compromete con el Señor sus pecados le son perdonados. Por tanto, aunque vaya al reposo, se le promete que en el último día será resucitado.

Nuestro Padre celestial es misericordioso. No quiere que nadie perezca. Lo maravilloso en todo esto es saber que, si lo buscamos de todo corazón, aun en el último aliento de nuestra vida, él estará ahí para responder y nos resucitará para vida eterna.

Sanación espiritual

Basado en Juan 4:48

“Me ha dicho: ‘Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad’. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”
(2 Corintios 12:9).

POR LA BIBLIA sabemos que, a menos que estemos vivos cuando Jesús venga, tarde o temprano descenderemos a la tumba (ver Heb. 9:27). Nadie puede esperar vivir para siempre. A veces, Dios usa milagros para proteger y hacer que su verdad avance, pero son la excepción que confirma la regla. No hay nada que garantice que un cristiano comprometido vaya a vivir más tiempo que otros. Si Dios obrara milagros “a petición”, acabaríamos queriendo explotar su poder en beneficio propio.

Luego, ¿debemos o no debemos esperar un milagro? Si por milagro entendemos al mayor de todos –un corazón nuevo–, la respuesta es sí. Dios obrará el milagro para nosotros tan a menudo como se lo pidamos. Pero, en lo que respecta a la curación física, él sabe qué nos conviene. Es preciso recordar que la carne y la sangre no heredarán el reino de los cielos (ver 1 Cor. 15:50). También es preciso recordar que mientras estemos en este mundo, tendremos que sufrir y que, por más que oremos o tengamos fe, no podremos evitarlo. Sin embargo, tenemos la promesa de que “fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla” (1 Cor. 10:13).

La sanación que más necesitamos es la espiritual. Cuando nos enfrentemos a la enfermedad, Dios siempre estará cerca; unas veces alejándola y otras dándonos la fuerza necesaria para soportarla. Si se elevan con fe y proceden del corazón, Dios siempre responde a las oraciones por la sanación; pero lo hace a su manera y en su momento. Dios quiere responder a nuestras oraciones salvando nuestra alma y sanando nuestras emociones, a pesar de que a veces no nos libere de la enfermedad física durante un tiempo. Sin embargo, sabemos que todavía no ha terminado su obra en nosotros. Él ha ido a preparar un lugar para nosotros y, mediante el Espíritu Santo, nos está preparando para que podamos vivir con él.

Que seamos sanados o no nada tiene que ver con encontrar favor a la vista de Dios. Él sabe cuándo un milagro es necesario para que su reino avance; por eso él escoge el momento y el lugar.

“Ellas son las que dan testimonio de mí”

Basado en Juan 5:39

“Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39).

A MI ESPOSA le encantan los mapas, sobre todo los atlas. Los estudia y descubre las semejanzas entre unos países y otros. ¿Cuáles son las principales ciudades? ¿Cuáles son los accidentes geográficos, los ríos, las montañas y las costas? ¿Cómo es el clima? ¿Las ciudades son, principalmente rurales o industriales? Aunque un mapa puede informar sobre un destino, no puede llevarnos a él.

Los hijos de Dios se preparan para emprender un viaje. Nuestro destino está muy lejos, pero tenemos un mapa que nos habla de cómo es el país. Nos habla de su capital, de sus accidentes geográficos, de sus ríos, de sus árboles, de sus animales, de sus mansiones, de un mar, de un templo y de un trono. El mapa nos habla de quién vive allí y de la gente que, a lo largo de todos los tiempos, espera llegar a él. Pero, aunque es un mapa excelente, no puede llevarnos al destino.

Este mapa es la Santa Biblia. Está a la disposición de casi todo el mundo y nos dice todo lo que necesitamos saber de nuestro destino: el cielo. Algunos piensan que basta con tener uno de esos mapas para llegar. Pero el solo hecho de escudriñar las Escrituras no es suficiente para asegurarnos la vida eterna. Tenemos que seguir a nuestro guía, Jesucristo, hacia nuestro destino. El mapa nos dice qué podemos hacer para que Jesús sea nuestro guía.

Desde el comienzo hasta el fin de su vida, Jesús vivió por la Palabra de Dios. “Escrito está” fue la espada del Espíritu con la que conquistó a Satanás (ver Mat. 4:4, 7, 10). “El Espíritu del Señor está sobre mí” (Luc. 4:18). Abrió su ministerio evangélico citando este versículo del libro de Isaías. Explicó su sufrimiento y muerte con las palabras: “Para que la Escritura se cumpliera” (Juan 17:12). Después de la resurrección, explicó a los discípulos “en todas las Escrituras lo que de él decían” (Luc. 24:27).

La Biblia nos enseña a ser como Jesús. Había una vez un hombre que afirmaba no haber recibido inspiración de la Biblia a pesar de “haberla examinado de principio a fin”. Su amigo le respondió: “Deja que ella te examine a ti `de principio a fin´ y tu historia será otra”.

Corazones ardientes

Basado en Juan 5:39

“Y se decían el uno al otro: `¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?’” (Lucas 24:32).

DOS HOMBRES iban, apresurados, de Jerusalén a Emaús, donde vivían. Habían ido a Jerusalén para saber de primera mano qué le sucedería al maestro al que habían aprendido a amar y seguir. Algunos decían que iba a ser coronado rey de los judíos y otros que iba a ser condenado a muerte. Las peores expectativas se habían cumplido, por lo que andaban aturdidos y desencantados, al tiempo que la decepción les partía el corazón. Repasaban una y otra vez los detalles de los últimos días. ¿Cómo había podido suceder?

Iban tan sumidos en su dolor que apenas se dieron cuenta del viajero que se les había unido. Estaba anocheciendo y los hombres se quitaron los turbantes. El desconocido preguntó con tono amistoso:

–¿De qué discutían con tanta intensidad cuando me uní a ustedes?

–Si no lo sabes es que eres extranjero –respondieron.

Y le hablaron brevemente de la crucifixión. El desconocido asintió con la cabeza y luego comenzó a explicar qué significaba todo aquello, empezando con las profecías del Antiguo Testamento hasta el presente. A medida que les revelaba la historia, los pasos iban cayendo uno tras otro. En poco tiempo llegaron a su casa.

Invitaron al extranjero a que se quedara a cenar. “Y aconteció que, estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos y lo reconocieron; pero él desapareció de su vista. Y se decían el uno al otro: `¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?’” (Luc. 24:30-23).

¿Qué hicieron entonces los dos hombres? Regresaron a Jerusalén para contar a los demás discípulos lo que habían visto y oído. Ahora entendían la Biblia porque el propio Jesús se la había explicado.

Antes de regresar al cielo, Jesús dijo a los discípulos que enviaría al Espíritu Santo, quien aún les explicaría más cosas. Pero la Biblia no nos hará ningún bien si la dejamos en el estante o en la mesa. Tómela en las manos. Léala, ámela y obedézcala.

“¡Cuánto amo yo tu ley!”

Basado en Juan 5:39

“¡Cuánto amo yo tu ley! ¡Todo el día es ella mi meditación!”
(Salmo 119:97).

¿TIENE UNA BIBLIA? Quizá sea mejor preguntarle: ¿Cuántas Biblias tiene? En casa tengo muchas porque soy pastor y la Biblia es mi libro de texto. Pero, si no se las abre, poseer una, dos, cinco, diez, o las que sean, no tiene mérito.

Leer que Jesús citaba tantas veces el Antiguo Testamento me inspira. Él nunca asistió a la escuela de los profetas y, sin embargo, conocía bien las Escrituras y las citaba correctamente una y otra vez. Sin duda alguna, su madre le dio las primeras lecciones. Ya me imagino a Jesús repitiéndole un versículo tras otro mientras trabajaban en casa. Sin duda, pasaba horas en la sinagoga, leyendo los rollos. Poco a poco, leyendo las sagradas páginas, fue aprendiendo cuál era su propio destino.

Jesús citó las Escrituras al diablo cuando lo tentó y muchas veces, cuando predicaba al pueblo, se refirió a ellas. ¡Ojalá todos conociéramos las Escrituras como las conocía Jesús!

Un hombre resultó gravemente herido en una explosión. Como resultado, quedó desfigurado, perdió la vista y le fueron amputadas las dos manos. Hacía poco había abrazado la fe cristiana y su mayor preocupación era que ya no podría leer la Biblia. Entonces se enteró de que en Inglaterra una mujer leía Braille con los labios. Con la esperanza de hacer lo mismo, pidió que le enviaran algunos de los libros de la Biblia en Braille. Para su pesar, descubrió que las terminaciones nerviosas de sus labios habían quedado destruidas con la explosión. Un día, al acercar una de las páginas en Braille a los labios, por accidente, la lengua tocó algunos de los caracteres en relieve y pudo distinguirlo. Al instante pensó: “Puedo leer la Biblia con la lengua”. Al poco tiempo, el hombre había “leído” toda la Biblia de principio a fin varias veces.

Otra vez le pregunto: ¿Tiene una Biblia? ¿La lee con regularidad? ¿Últimamente ha memorizado algún versículo? ¿Sabe encontrar los libros de la Biblia con rapidez? ¿Podría explicar una doctrina importante usando solo la Biblia? La Biblia es la Palabra de Dios para usted. Asegúrese de que su Biblia no es tan solo un adorno en el estante.

Cinco panes y dos peces

Basado en Juan 6:1 al 71

“Entonces te deleitarás en Jehová. Yo te haré subir sobre las alturas de la tierra y te dará a comer la heredad de tu padre Jacob. La boca de Jehová lo ha hablado” (Isaías 58:14).

MUCHAS IGLESIAS celebran una comida de confraternidad después del servicio de culto del sábado por la mañana. Las señoras preparan un plato: una verdura, un plato proteínico o un postre. Cuando se junta toda la comida, parece un comedor adventista. A continuación, los miembros, pero en especial los visitantes, están invitados a quedarse a comer juntos. Normalmente hay mucha comida, pero varias veces he visto que los alimentos se agotan, circunstancia un tanto embarazosa.

Un día Jesús estaba predicando a más de cinco mil personas. Me cuesta imaginar que tanta gente se reuniera al aire libre y que todos pudieran escuchar lo que decía. Habían estado con él todo el día, por lo que Jesús sabía que tenían hambre. Así que preguntó a Felipe dónde podrían comprar alimentos. Dudo que en los mercados de la zona hubiera comida para alimentar a tanta gente. Felipe respondió que, aunque hubiera algún lugar, se necesitaría mucho más dinero del que disponían, a pesar incluso de que cada uno de los presentes comiera tan solo un bocado. Andrés, el hermano de Pedro, comentó: “Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados; pero ¿qué es esto para tantos?” (Juan 6:9).

Imagínese la sorpresa de los discípulos cuando Jesús les dijo que pidieran a la multitud que se sentara. En algún lugar encontraron doce canastos vacíos. Jesús tomó el frugal almuerzo y, según su costumbre, dio gracias. Luego, partió la comida y llenó los canastos. Los discípulos distribuyeron la comida hasta que todos se saciaron y todavía sobró para llenar doce canastos más.

Jesús es el Señor de lo imposible. Por imposible que algo sea, él lo hace. “Multitud”, “la mayoría”, “lo más probable” son expresiones que para él carecen de sentido. Hay millones de personas que todavía están hambrientas por escuchar el evangelio. ¿Quién las alimentará? Es imposible. Nuestra iglesia es demasiado pequeña. Pero Jesús, quien murió y resucitó, ahora tiene mucho más poder que cuando alimentó a cinco mil. Todo cuanto pide es que le demos lo nuestro, por escaso que sea. Cuando lo bendice, siempre es suficiente. No podemos darle al Señor lo que no nos pertenece, pero quiere que le dediquemos cuanto poseemos. No tenemos ni idea de lo que Jesús puede hacer si nos entregamos por completo a él.

En busca de comida gratis

Basado en Juan 6:1 al 71

“Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que permanece para vida eterna” (Juan 6:27).

LOS JUDÍOS estaban exasperados del dominio romano. Trabajaban duro para alimentar y vestir a sus familias; pero el gobierno romano los obligaba a pagar elevados impuestos. Anhelaban el día en que su prometido Mesías los liberara y pudieran volver a ser una nación independiente. ¿Se imagina las esperanzas que alimentaron al ver los prodigios que hacía Jesús? Ante sus propios ojos, sanaba a los enfermos y acababa de alimentar a miles de personas con tan solo partir unos pocos alimentos. ¿Por qué no coronarlo rey inmediatamente? Con un rey así, se habrían acabado sus problemas. Jesús conocía los pensamientos de la multitud y por eso, una vez que hubieron acabado de comer, los envió a todos de vuelta a sus casas.

Pero la gente insistía. Estaban decididos a conseguir que Jesús fuese su rey y, en barca, lo buscaron. Cuando lo encontraron en Capernaúm le preguntaron cómo había llegado. Jesús sabía por qué lo habían seguido y respondió: “De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis” (Juan 6:26).

Amar a Jesús y orar a Dios está bien. ¿Pero es posible que lleguemos a pensar en él como si se tratara de una máquina expendedora celestial? ¿Podría ser que usted y yo estemos sintiendo atracción hacia Jesús por razones materiales? Jesús nos invita a llevarle todas nuestras necesidades; pero, ¿es esta la razón por la que decimos que somos cristianos?

¿Qué es más importante para nosotros, la vida material o la vida espiritual? Es una cuestión de prioridades. He oído que algunos telepredicadores actuales dicen que, si acudimos a Jesús, él nos hará ricos. Este es un motivo equivocado. No tendríamos que ver al Señor como una mera solución a nuestros problemas materiales. Si lo hacemos, cuando nuestras necesidades estén cubiertas, tenderemos a olvidarnos del Señor.

Oremos para que Dios no permita que quedemos tan atrapados en los asuntos materiales de la vida presente que nos olvidemos de mirar a Aquel que prometió darnos la vida eterna.

¿Cuáles son sus deseos?

Basado en Juan 6:26 al 58

“Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguien come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo” (Juan 6:51).

CUANDO ERA NIÑO, de vez en cuando, padecía problemas estomacales, como todos los niños. Permanecía en cama, retorciéndome de dolor y sin ganas de moverme ni de hablar. Sabía que estaba bien cuando recuperaba el apetito. Una de las primeras cosas que me preparaba mi madre era lo que ella llamaba una “tostada con leche”. Se trataba simplemente de una rebanada de pan tostado con varias cucharadas de leche caliente vertidas sobre ella; es decir, una comida suave, caliente, conocida y fácil de digerir. Si no me causaba el vómito, podía regresar paulatinamente a las comidas normales.

Por lo general, un apetito sano es señal de una persona sana. Aunque, por norma, el apetito es algo bueno, fue el primer cebo que el diablo usó para separar a nuestros padres de su Creador. “Al ver la mujer que el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos [...], tomó de su fruto y comió” (Gén. 3:6). Desde ese día, el apetito incontrolado ha impedido la relación de los humanos con Dios.

Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas. Dos veces los hijos de Israel se rebelaron contra Dios porque añoraban las ollas de Egipto y aborrecían el maná del cielo (ver Éxo. 16:3; Núm. 21:5). Un exceso de lo bueno puede llegar a apartarnos del Señor. En parte, la caída de los habitantes de Sodoma se debió a que tenían “pan de sobra” (Eze. 16:49).

Jesús obtuvo la victoria sobre el apetito cuando venció la tentación de convertir las piedras en pan. Más adelante, recordaría a sus discípulos que los excesos en la comida y la bebida serían una característica del tiempo del fin (ver Mat. 24:38). Cuando la gente empiece a cansarse de esperar que Cristo venga, comenzará “a comer y a beber y a embriagarse” (Luc. 12:45).

“Encontramos personas intemperantes por doquiera. Las hallamos en los trenes, en los barcos, y por todas partes. Y debemos preguntarnos qué estamos haciendo para rescatar a las almas del lazo del tentador. Satanás se halla constantemente alerta para colocar por completo bajo su dominio a la raza humana. La forma más poderosa en que él hace presa del hombre es el apetito, que trata de estimular de toda manera posible” (*Consejos sobre el régimen alimenticio*, p. 177).

Reclame para sí la victoria de Cristo sobre el apetito.

La voluntad de Dios, no la mía

Basado en Juan 6:38

“He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38).

EN LA CREACIÓN el hombre recibió libre albedrío, de manera que tuviera la posibilidad de escoger por sí mismo vivir según la voluntad de Dios. Sin embargo, en el Edén, Adán y Eva decidieron que obrarían según su propia voluntad y no la del Creador. Al hacerlo, perdieron el libre albedrío. Esto es el pecado. “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerlo, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte o sea de la obediencia para justicia?” (Rom. 6:16). Jesús vino a la tierra para devolver al ser humano su capacidad de elección. El gran objetivo de la redención es hacernos libres del poder del pecado para que podamos volver a hacer la voluntad de Dios.

Jesús siempre hizo la voluntad de su Padre. “No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre, que me envió” (Juan 5:30). Para Cristo, sacrificarse voluntariamente no fue fácil. En Getsemaní el sacrificio de su voluntad alcanzó el punto máximo: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Luc. 22:42).

El pecado, además de la divergencia entre la voluntad de la persona y la del Creador, es la elección de seguir la propia voluntad, aun a sabiendas de que es contraria a la de Dios. Podríamos decir que el pecado es la transgresión de la voluntad de Dios.

Como hombre, Jesús tenía voluntad humana. Como hombre, no siempre sabía de antemano cuál era la voluntad de Dios. De vez en cuando, tenía que esperar para conocer la voluntad de su Padre. Sin embargo, cuando la voluntad de Dios le era revelada, siempre estaba dispuesto a renunciar a su voluntad humana y hacer la del Padre.

Tenemos ante nosotros decisiones que es preciso tomar. Oremos: “Padre, no sea mi voluntad, sino la tuya”.

“Vete y no peques más”

Basado en Juan 8:1 al 11

“Entonces Jesús le dijo: ‘Ni yo te condeno; vete y no peques más’” (Juan 8:11).

AQUELLA MAÑANA Jesús enseñaba en el templo. Interrumpiéndolo, los escribas y los fariseos arrastraron a una mujer hasta el lugar donde él estaba. Allí, delante de todos, le explicaron que la habían sorprendido cometiendo pecado de adulterio. Insistían en que la ley exigía que fuera apedreada y preguntaron a Jesús qué pensaba él que era preciso hacer.

Jesús se agachó y comenzó a escribir en el polvo. Conocía los pecados de quienes la acusaban y los escribió poniéndolos a la vista de todos. Uno tras otro, los culpables dejaron caer la piedra que llevaban en la mano y desaparecieron. Pronto no quedó nadie para acusarla. Y entonces Jesús dijo las hermosas palabras: “Ni yo te condeno”.

“Esto fue para ella el principio de una nueva vida, una vida de pureza y paz, consagrada a Dios. Al levantar a esta alma caída, Jesús hizo un milagro mayor que al sanar la más grave enfermedad física. Curó la enfermedad espiritual que es para muerte eterna. Esa mujer penitente llegó a ser uno de sus discípulos más fervientes. [...] Jesús conoce las circunstancias particulares de cada alma. Cuanto más grave es la culpa del pecador, tanto más necesita del Salvador. Su corazón rebosante de simpatía y amor divinos se siente atraído ante todo hacia el que está más desesperadamente enredado en los lazos del enemigo. Con su propia sangre firmó Cristo los documentos de emancipación de la humanidad” (*El ministerio de curación*, p. 59).

A menudo, quienes han llevado una vida de pecado dicen que no pueden acudir a Jesús porque son pecadores. Aun así, Jesús los espera. Aquella mañana, al alejarse de Jesús, la mujer sabía por su propia experiencia que, por mucho que nos hayamos apartado de él, Jesús siempre está dispuesto a aceptarnos. Jesús hará por nosotros lo que hizo por aquella mujer. No importa qué pecado hayamos cometido; él nos dice: “Ni yo te condeno; vete y no peques más”.

El Buen Pastor

Basado en Juan 10:6 al 18

“Yo soy el Buen Pastor y conozco mis ovejas, y las mías me conocen” (Juan 10:14).

SIEMPRE HE VIVIDO en una ciudad, por lo que no sé mucho de pastores y rebaños. Sin embargo, en los tiempos bíblicos, ver pastores y ovejas era algo habitual. En casi todas las colinas había uno o dos rebaños de ovejas que, apacibles, pastaban o, tendidas en el suelo, rumiaban moviendo las mandíbulas. El de pastor era un oficio respetable. Algunos pastores eran propietarios de sus propias ovejas, mientras que otros eran asalariados.

Jesús predicaba a menudo al aire libre y solía usar las cosas comunes del entorno para ilustrar la idea que quería enseñar. Por tanto, era natural que hablara de pastores y ovejas. Aquel día, los que lo escuchaban entendieron qué les decía porque todos conocían el oficio de pastor.

Cierto día, Jesús dijo que él es como un buen pastor; la gente asintió porque entendieron lo que quería decir. ¿Y usted?

¿Qué hace bueno a un pastor? Un buen pastor conoce a todas y cada una de sus ovejas. Conoce sus necesidades, sus gustos y sus distintas personalidades. El buen pastor no trata a todas las ovejas por igual. La que es vieja y coja necesita que la espoleen de vez en cuando. El cordero joven a veces necesita que lo lleven en hombros. Otras ovejas son juguetonas y traviesas, por lo que el pastor tiene que evitar que se separen del rebaño; si no, se perderían o se las comería un animal salvaje.

Un buen pastor llama a cada oveja por su nombre. Jesús contó una historia sobre un pastor que tenía cien ovejas. Son muchos nombres para recordar. Jesús dijo que sus ovejas oían su voz y que él las llamaba por su nombre (ver Juan 10:3).

El buen pastor antepone las necesidades de sus ovejas a las suyas propias. Las deja descansar cuando están cansadas y camina despacio cuando en el rebaño hay corderos. Encuentra refugio para ellas durante las tormentas y busca una sombra para protegerlas cuando el sol aprieta.

Una clase de jardín de infancia de la Escuela Sabática había estudiado el Salmo 23 y a una niña le preguntaron si podía recitar de memoria el primer versículo. Respondió que sí y, poniéndose en pie, dijo: “El Señor es mi pastor; no necesito nada más”.

Eso es todo lo que necesitamos.

Su Pastor

Basado en Juan 10:6 al 18

“Como pastor apacentará su rebaño. En su brazo llevará los corderos, junto a su pecho los llevará; y pastoreará con ternura a las recién paridas” (Isaías 40:11).

¿QUÉ HACE un buen pastor? Un buen pastor conduce sus ovejas donde la hierba es verde y fresca. Allí donde hay pastos verdes también hay seguridad y constituyen un lugar agradable y fresco para echarse a descansar. Los pastizales verdes también son alimento para las ovejas. Pero lo primero que tiene que hacer el pastor es arrancar las hierbas venenosas o urticantes. Asimismo, con la vara golpea la hierba para ahuyentar a las serpientes. “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento” (Sal. 23:4).

Un buen pastor se asegura de que sus ovejas comen bien todos los días. Si no ha encontrado suficiente pasto verde para comer en los pastizales, por la tarde, cuando regresan al redil, les da de comer heno. Procura que las ovejas coman primero, incluso antes que él mismo. “Aderezas mesa delante de mí, en presencia de mis angustiadores” (Sal. 23:5).

Las ovejas no beben de aguas turbulentas. Por tanto, un buen pastor conduce a sus ovejas hacia aguas tranquilas, donde pueden beber sin temor a morir ahogadas. “Junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma” (Sal. 23:2, 3).

Por la noche, cuando regresan al redil, un buen pastor examina cada oveja con cuidado y vierte aceite en sus llagas. Por la mañana frota sus rostros con hierbas y ungüentos para que no las piquen los insectos. “Unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando” (Sal. 23:5).

Un buen pastor jamás abandona a las ovejas a su suerte. “Pero el asalariado, que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye porque es asalariado y no le importan las ovejas” (Juan 10:12, 13). Sin embargo, Jesús dice: “No te desampararé ni te dejaré” (Heb. 13:5).

¿Qué hace un buen pastor? “Yo soy el Buen Pastor; el Buen Pastor da su vida por las ovejas” (Juan 10:11).

Nuestra seguridad

Basado en Juan 10:7 al 9

“Yo soy la puerta: el que por mí entre será salvo; entrará y saldrá, y hallará pastos” (Juan 10:9).

JAMÁS SE NOS PASARÍA por la cabeza vivir en una casa o en un apartamento que no tuviera una buena puerta de entrada. Imagino que, además de una o dos cerraduras, la puerta de su casa dispondrá de un cerrojo y, probablemente, una cadena. Algunas puertas pueden tener instalado un sistema de alarma. Es que todo tiene que ver con la seguridad.

¿Qué quiere decir que Jesús es como una puerta? Bueno, él es la seguridad de nuestra alma. Una buena puerta impide que pasen las cosas que podrían ponernos en peligro. Pero incluso una puerta cerrada no es segura del todo. Cada día hay ladrones que las revientan. El noventa y nueve por ciento de las veces que un ladrón entra en una casa para robar lo hace por la puerta o por una ventana. ¿Por qué? Porque por más cerraduras que tengan, la puerta y las ventanas son la parte más débil de la casa. Por lo general, los ladrones no abren un agujero en las paredes de una casa. Cuando Jesús es la puerta del corazón, lo que era la parte más débil de nuestra vida se convierte en la más fuerte y el diablo no puede forzarla.

Los ladrones no son los únicos a los que queremos impedir la entrada en casa. Si no tuviera puertas, tendríamos problemas con la lluvia, con el viento, con los insectos o con los animales. Cuando Jesús es la puerta del corazón, mantiene fuera de nuestra vida todo lo que podría debilitar nuestro crecimiento y nuestra salud espirituales, como por ejemplo: el egoísmo, la mundanidad, la amargura, la crítica, y el orgullo. Jesús es la seguridad en la que podemos confiar.

Un grupo de botánicos fue de expedición a un lugar de difícil acceso en los Alpes con el fin de encontrar nuevas variedades de flores. Un día, uno de los científicos, mirando a través de los prismáticos, vio una bella y rara especie que crecía en el fondo de un barranco. Para llegar hasta ella, alguien tendría que descolgarse con una cuerda por el precipicio. Viendo a un joven montañés que estaba cerca, le preguntó si los ayudaría a alcanzar la flor. El joven miró, pensativo, hacia el abismo.

–Esperen –dijo–, ahora vuelvo. Y se fue corriendo. Cuando regresó, lo acompañaba un hombre mayor.

–Ahora bajaré por el acantilado y les traeré la flor porque este hombre sostendrá la cuerda. Es mi padre.

Padre, por fe, te invito a ser la puerta de mi corazón.

Nuestro Salvador

Basado en Juan 10:7 al 9

“Encamíname en tu verdad y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti he esperado todo el día” (Salmo 25:5).

EN PALESTINA, donde vivió Jesús, los pastores solían tener dos apriscos: uno en la ciudad y otro en el campo. El que estaba en la ciudad solía tener una puerta que permitía cerrarlo. El que estaba en el campo, en lugar de puerta, solo tenía una abertura en el muro. El propio pastor hacía las veces de puerta porque dormía delante de la entrada. Si algo entraba o salía, él se enteraba porque nada podía pasar sin que lo viera.

Donde quiera que estén, el Buen Pastor protege a las ovejas de Dios. Cuando salen no son tratadas como extraños, sino que tienen libertad para volver a entrar. Cuando están dentro tampoco se las encierra como intrusos, sino que pueden volver a salir libremente. Salen al campo por la mañana, por la noche regresan al redil y, durante el día, el Pastor las conduce, las alimenta y las protege.

Un guía turístico me contó que, en cierta ocasión, acompañaba, medio dormido, a un grupo de turistas que iban de Jerusalén a Jericó. Había hecho ese mismo viaje muchas, muchas veces. De repente, el autobús frenó bruscamente y lo despertó. Un pastor estaba de pie en medio de la carretera. Verá, si yo viera un autobús con 48 turistas que se me echa encima, no me quedaría tan tranquilo en medio de la carretera; pero ahí estaba él... Y las ovejas comenzaron a cruzar. No todas a la vez, sino de dos en dos o de tres en tres. No obstante, el pastor no las espantó ni las obligó a correr; sencillamente, se quedó hasta que la última oveja se encontró a salvo fuera de la calzada. Luego, siguiéndolas, se abrió paso a través del rebaño y se puso de nuevo a la cabeza, abriendo la marcha.

Así hacen los pastores. Protegen a sus ovejas. Jesús quiere ser su protector. Quiere ser la puerta de su corazón. Desde el principio, todos sus hijos han entrado por esa puerta. A través de él somos introducidos en el redil de su gracia. Muchos han tratado de entrar en el redil con ceremonias, métodos y tradiciones humanos con la esperanza de que les trajeran la justificación y la paz para con Dios. Pero la única puerta del redil es Cristo.

Buen Pastor, tuyo es mi corazón.

Un día especial de acción de gracias

Basado en Juan 6:11

“Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza. ¡Alabadlo, bendecid su nombre!” (Salmo 100:4).

EN ESTADOS UNIDOS, cada cuarto jueves de noviembre, se celebra un día nacional de acción de gracias (“*Thanksgiving Day*”, en inglés). En 1621, los padres peregrinos celebraron la cosecha de otoño con un banquete de acción de gracias.

Cuando llega el Día de Acción de Gracias, los que son de habla inglesa dicen a los amigos y familiares: “*Happy Thanksgiving!*”. Los de habla hispana se felicitan diciendo: “Feliz Día de Acción de Gracias”.

Las personas de habla francesa que viven en Norteamérica se desean mutuamente: “*Bonne Action de Grâce*” o “*Joyeux Thanksgiving*”. Para los canadienses franceses, el Día de Acción de Gracias es “*Le Jour de l’Action de Grâce*”, y en Francia se conoce como “*Le Jour de Merci Donnant*”.

Con motivo del Día de Acción de Gracias, la iglesia a la que asistimos mi esposa y yo prepara cestas con comida que se reparten entre los pobres. En mi familia, cuando nos sentamos a la mesa de Acción de Gracias, antes de la oración para pedir la bendición de los alimentos, se le pide a cada miembro que diga por qué está agradecido.

¿Qué diría usted si alguien le preguntara por qué está agradecido? La pregunta será fácil de responder si los miembros de la familia gozan de buena salud, si se dispone de suficiente comida y se tiene un lugar donde vivir. Si uno de los esposos no tiene trabajo o si hay algún enfermo, la pregunta resulta un tanto más difícil de responder. Y la respuesta es aún más difícil si ha fallecido un ser querido.

¿Siempre hay algo, sea lo que sea, por lo que estar agradecido? En cierta ocasión me encontraba haciendo visitas a domicilio en Miami, Florida. El pastor al que yo acompañaba preguntó por “Johnny”. Su madre le contestó que se estaba preparando para los exámenes de la universidad. Cuando conocí a Johnny, vi que estaba paralizado de cintura para abajo. Nunca olvidaré sus palabras:

—Me apena ver a otros que son menos afortunados que yo.

Mi madre solía decir: “Dejé de quejarme porque no tenía zapatos cuando vi a uno que no tenía pies”. Como hijos e hijas de Dios, pase lo que pase, podemos recordar que Jesús ha ido a preparar un lugar para nosotros y un día hará nuevas todas las cosas.

Señor, enséñame a ser agradecido todos los días.

“Yo soy la resurrección”

Basado en Juan 11:1 al 44

“Le dijo Jesús: ‘Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá’” (Juan 11:25).

LÁZARO VIVÍA con sus dos hermanas Marta y María en la pequeña ciudad de Betania, cerca de Jerusalén. Muchas veces, cuando Jesús estaba cansado y necesitaba alejarse del bullicio de la gente que siempre le seguía, se escapaba a la casa de Lázaro para disfrutar de buena comida y una conversación tranquila.

Un día Lázaro enfermó de repente y como no respondía al tratamiento, las hermanas estaban alarmadas y enviaron un mensaje a Jesús, el cual estaba enseñando en otra ciudad. Por eso enviaron a decirle: “Señor, el que amas está enfermo” (Juan 11:3).

Jesús tardó tres días en ir a Betania. Antes de llegar a la casa, recibió la noticia de que Lázaro había muerto. Cuando Marta supo que Jesús estaba a las afueras de su ciudad, dejó a las plañideras y corrió a su encuentro. Después de reunirse y llorar juntos, Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará” (Juan 11:23). Marta respondió: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final” (vers. 24).

Marta es ejemplo de un creyente ansioso. Creen, pero no confían lo suficiente como para no preocuparse. No desconfían del Señor ni cuestionan la veracidad de lo que dice, sino que se preguntan: “¿Cómo será?”. Por lo tanto, no reciben todo el consuelo que la Palabra del Señor podría traer a su corazón si la creyeran plenamente. El cómo y el por qué son del Señor, quien responde según su voluntad. Es mucho mejor sentarnos con María a los pies del Señor, creyendo sus promesas, que salir corriendo con Marta, mientras preguntamos: “¿Cómo puede ser esto posible?”.

Marta tenía fe en lo que podía ver. Pero, como muchos de nosotros, sus ojos estaban tan cegados por las lágrimas que no podía ver más allá de ese momento. Me pregunto qué nos perdemos usted y yo, a qué bendiciones damos la espalda, ante qué milagros cerramos los ojos porque carecemos de una fe que sea capaz de mirar más allá del presente.

Martín Lutero escribió: “Nuestro Padre Dios hizo que todo dependiera de la fe para que quien tenga fe lo tenga todo y quien no tenga fe no tenga nada”.

Las palabras de Dios son vida

Basado en Juan 11:1 al 44

“Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63).

JESÚS LE DIJO a Marta algo que parecía demasiado bueno para ser verdad. Con toda claridad, declaró: “Tu hermano resucitará”. De tener suficiente fe, ella podría haber dicho: “Señor, gracias por la promesa. Estoy segura de que en cualquier momento lo veremos sentado a la mesa, comiendo con nosotros”. Pero no, ella solo pensaba en una posibilidad futura y respondió: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final” (Juan 11:24).

Muchas son las preciosas verdades que han sido puestas a un lado como reliquias del pasado. Decimos: “Sí, creemos esa promesa. Es una verdad extraordinaria”. Y, acto seguido, nos apresuramos a archivarla cuidadosamente. Creer una verdad de manera que se la pone en cama y se la hace reposar sobre una mullida almohada de olvido es lo mismo que no creerla en absoluto.

A menudo, hacemos con las promesas de Jesús como aquella pareja de ancianos hizo con un precioso documento que habría solucionado su futuro si hubieran estado conscientes de su valor real. Al entrar en casa de una pareja pobre, un caballero vio que de la pared colgaba un marco con un billete de mil francos franceses. Preguntó a los ancianos: “¿Cómo lo consiguieron?”. Le contaron que habían acogido a un pobre soldado francés y lo habían cuidado hasta su muerte. Él les había dado esa retrato suyo como recuerdo. Pensaron que quedaría bonito si lo enmarcaban y por eso estaba colgado de la pared de la granja. Al enterarse de que, si lo cambiaban por dinero, podía valer una pequeña fortuna, quedaron estupefactos.

¿No hacemos nosotros algo similar con cosas infinitamente más preciosas? ¿Acaso no leemos algunas de las promesas de Jesús y decimos: “Son preciosas”, para luego no reclamarlas cuando las necesitamos? Nosotros hacemos lo mismo que Marta cuando tomó las palabras: “Tu hermano resucitará” y las puso en el extraordinario marco de “la resurrección, en el día final”. Ojalá tuviéramos fe para transformar los lingotes de oro de las promesas de Dios en monedas cotidianas y las usáramos como dinero de bolsillo.

Señor, reclamo tus preciosas promesas.

La promesa es para usted

Basado en Juan 11:1 al 44

“Pero yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo” (Job 19:25).

DE LAS HERMANAS de Lázaro, Marta era la práctica. Ella era quien se quedaba en casa y se hacía cargo de las tareas domésticas. Mientras María malgastaba los años con inquietudes y extravíos, ella limpiaba, cocinaba y tenía cuidado de Lázaro. Sin duda alguna, Marta pensaba: “María es insensata. Se enamora de cualquiera que le preste un poco de atención. Además, no sabe nada de cuidar la casa”. Por su parte, es probable que María pensara de Marta: “Es tan aburrida y sosa... Para la edad que tiene está muy mayor y ajada. Tendría que aprender a relajarse de vez en cuando y pasarla bien”.

En aquella hora tan dolorosa, parecía que a Marta le costaba creer que Jesús le estuviera hablando. “Tu hermano resucitará.” De haber creído, esa promesa habría sido un gran consuelo. “Sí, resucitará en el día postrero. Sin duda que, cuando miles de millones salgan de su tumba, Lázaro también estará con ellos”.

Nosotros solemos hacer lo mismo. Tomamos las promesas de Dios y decimos: “Es verdad para todos los hijos de Dios... algún día”. Pero nos olvidamos del hecho de que son personales, para nosotros, hoy. Dios ha dado una gran bendición a su pueblo escogido. Sí, eso significa que a usted también. Pero sacudimos la cabeza como si la cosa no tuviera que ver con nosotros. Es una fiesta estupenda, pero seguimos hambrientos; es un río caudaloso, pero continuamos sedientos. ¿Por qué?

De alguna manera interpretamos la promesa en términos tan generales que echamos de menos el consuelo que viene cuando las aplicamos personalmente. Que seamos pobres y miserables es responsabilidad nuestra, porque bastaría con que ejercitáramos un poco la fe para que poseyéramos una herencia ilimitada.

Si usted es hijo de Dios, todas sus promesas le pertenecen y son suyas ahora mismo. Si este banquete no lo sacia es porque no tiene suficiente fe. Si, estando a orillas de este río, continúa sediento es porque no se agacha y bebe. Alégrese y esté contento; crea que las promesas del Señor son personales y para usted.

Consuelo con paciencia

Basado en Juan 11:1 al 44

“Respondió Jesús y les dijo: `Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él ha enviado’” (Juan 6:29).

A JESÚS SE LE PARTÍA EL CORAZÓN, no porque su amigo Lázaro hubiera muerto, sino por la tristeza y la incredulidad de Marta, la hermana de su amigo. Ella creía en el Señor, en teoría, pero su corazón seguía desconsolado.

El Señor trató a Marta con gran sabiduría. En primer lugar, no se enojó con ella. En su voz no había rastro alguno de irritación. No le dijo: “Marta, me avergüenzo de que me tengas en tan poca consideración”. Ella pensó que honraba a Jesús al decir: “Sé que, incluso ahora, cualquier cosa que le pidas a Dios, él te la dará”. Pensaba que Jesús era un gran profeta que podía pedirle a Dios cualquier cosa y que recibía respuesta a todas sus oraciones.

No consiguió darse cuenta del poder personal de Jesús para dar y sostener la vida. Pero el Salvador no la regañó. No creo que el pueblo de Dios aprenda mucho de los regaños. Si alguna vez encuentra a un hijo del Señor que no logra alcanzar el ideal, no lo amenace ni lo reprenda. Sea amable con los demás, así como el Señor ha sido amable con usted. Que los siervos pierdan la paciencia es inapropiado, sobre todo cuando el Maestro ha mostrado tanta.

Con espíritu compasivo y amable, Jesús comenzó a enseñarle más cosas referidas a sí mismo. Qué reconfortantes debieron sonar a sus oídos estas palabras: “Yo soy la resurrección y la vida”. No es que dijera: “Puedo conseguir la resurrección con mis oraciones”; sino: “Yo, y ningún otro, soy la resurrección”.

Al decir: “Yo soy la resurrección y la vida”, el Señor le indicó a Marta que la resurrección y la vida no son bendiciones que él tuviera que pedir a Dios, ni siquiera dones que tuviera que crear; sino que él mismo es la resurrección y la vida. Esto es así, allí donde esté. Él es el Autor, el Dador y el Sustentador de la vida; él mismo es la vida. El Señor quería que Marta supiera que él era lo que ella pedía para su hermano.

Si tiene el corazón dolorido por el fallecimiento de alguien a quien amaba, las palabras del Salvador también son para usted.

“Alentaos los unos a los otros”

Basado en Juan 11:1 al 44

“El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero”
(1 Tesalonicenses 4:16).

JESÚS y sus discípulos habían pasado algún tiempo de visita en un lugar que les era conocido, junto al Jordán, allí donde Juan el Bautista solía predicar. Es muy probable que en aquel tiempo, recordando a su fiel primo, Jesús sintiera una gran melancolía. Sin embargo, centró su atención en la mucha gente que había acudido a escucharlo.

Mientras estaban allí, un mensajero corrió al encuentro de Jesús con la noticia de que su amigo Lázaro estaba muy enfermo. Sus palabras exactas fueron: “Señor, el que amas está enfermo” (Juan 11:3).

Tras escuchar el mensaje, Jesús aseguró a sus discípulos: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (vers. 4). Dicho esto, sin dar más explicaciones, se entretuvo en el lugar durante dos días, después de los cuales dijo a los discípulos: “Vamos de nuevo a Judea” (vers. 7).

Tras un breve debate sobre el peligro de volver a Judea, Jesús dijo: “Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo”. Dijeron entonces sus discípulos: “Señor, si duerme, sanará”. Jesús decía esto de la muerte de Lázaro, pero ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: “Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos a él” (vers. 11-15).

A la muerte de un creyente Jesús le llama “sueño”. La muerte de Lázaro, como la de la hija de Jairo, era, definitivamente, un sueño porque pronto serían resucitados. Por tanto, si estamos seguros de que al fin resucitaremos, ¿por qué habría de ser diferente para nosotros? Cuando muere, el cristiano, sencillamente, duerme. Descansa de los afanes de esta vida y espera la mañana de la resurrección. “Perece el justo, pero no hay quien piense en ello. Los piadosos mueren, pero no hay quien comprenda que por la maldad es quitado el justo; pero él entrará en la paz. Descansarán en sus lechos todos los que andan delante de Dios” (Isa. 57:12, 2; ver también 1 Tes. 4:14-16).

“Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tes. 4:18).

La Luz del mundo

Basado en Juan 12:46

“Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Juan 12:46).

UNO DE LOS objetos más brillantes del cielo nocturno es Venus. Se ve como una estrella brillante, pero en realidad es un planeta. Puesto que es lo bastante brillante como para poder ser visto a simple vista, ha sido objeto de adoración desde los tiempos prehistóricos. En griego, el nombre de Venus es Afrodita y el nombre babilonio es Istar. Se dice de Venus que es nuestro planeta hermano porque tiene, aproximadamente, el mismo diámetro que la Tierra.

Venus alcanza su máximo brillo poco antes del amanecer, por lo que a menudo se lo llama el lucero de la mañana. Un dato interesante sobre el planeta Venus: Está cubierto por una capa de nubes de más de 56 kilómetros de espesor (en la Tierra, las nubes más altas no superan los 16 kilómetros).

No hace mucho, un científico que escribió para la revista *National Geographic* declaró lo siguiente: “En teoría, si se pudiera estar en Venus, sería posible disfrutar de una de las más extrañas experiencias de la vida. A causa de que las nubes reflejan como un espejo, se especula que sería posible ver todo el perímetro del planeta”. Eso se llama “reflexión al punto de partida”. ¿Cómo funciona? Seguro que ha estado en algún vestuario en el que hay espejos en todas las paredes, por lo que le es posible verse desde todos los ángulos. Pues bien, en lugar de espejos, la capa de nubes de Venus actuaría como un gigantesco espejo que lo reflejaría desde todos los lados, de manera que usted podría ver toda la superficie del planeta desde un solo punto y sin moverse de él.

¿Por qué es tan interesante? ¿Se ha preguntado cómo es posible que, cuando Jesús venga, todos los ojos lo vean viniendo en las nubes? ¿Cree que a Jesús le resultaría difícil cubrir toda la tierra con una capa de nubes que reflejase su venida como un espejo gigantesco, de manera que todos los habitantes de la tierra pudieran verlo al mismo tiempo?

Pero el lucero de la mañana tiene más que decirnos. Antes de que Jesús viniera, nuestro mundo estaba en tinieblas. El profeta Isaías escribió: “Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones” (Isa. 60:2). Pero entonces vino Jesús. “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. [...] La luz verdadera que alumbraba a todo hombre venía a este mundo” (Juan 1:4, 9).

Invite a Jesús para que sea la luz de su vida.